5. LAS FORMAS URBANAS COMO PORTADORES DE LA CULTURA HEGEMONICA.

el lugar de resguardo de cosas antiguas o valiosas, la nomenclatura de las calles es una forma de no confundirlas, ... etc.

En esta infinita gama de significantes, sólo se percibe - por lo general su valor de uso. No obstante, psicológicamente los individuos 'viven' más allá del plano conciente, sensaciones o reacciones de agrado, rechazo, molestia, identificación, etc. frente a estos estímulos perceptuales. Precisamente, la - psicología social, en buena medida, persigue conocer estas maneras como los individuos interiorizan estas percepciones.

En otro plano de observaciones, es factible suponer que - en todas estas formas signicas hay un cierto orden -el orden simbólico- que les da una coherencia por debajo del caos aparente o de la mera funcionalidad que cada cosa denota.

En términos de F. de Saussure [21] se trataría de un *lenguaje* que cada situación urbana concreta lo *hablaría*. O en términos de la teoría de la comunicación, diversos códigos que estructurarían mensajes. Estas nociones, permiten iniciar el camino hacia una comprensión de este segundo plano de observación del orden simbólico.

La mayor limitación que se presenta -tributaria de la debilidad teórica de la semiótica como ciencia- es la difícil reconstrucción del lenguaje o del código en cuestión. Ello sin perjuicio de introducir otra fuente de dudas en lo referido a la naturaleza de los signos, ¿se trata de mensajes intencionalmente elaborados y emitidos por un emisor en un canal o vehículo determinado y dirigidos a un destinatario en particular? o, ¿se trata -

meramente de hechos no intencionalmente establecidos pero socialmente significativos?.

Con respecto a la primera inquietud acerca de cómo descifrar los códigos o lenguajes, lo que permite avanzar es a partir de la ideología dominante comenzar a leer su traducción en la semiótica urbana. Es factible indagar y conocer -aunque sea en parte- el significado, sin llegar a descifrar la legalidad - del código. Desde luego, para llegar a este resultado debe de suponerse todo lo dicho en materia de cultura, cultura hegemónica e ideología.

Ocurriría como en la comunicación entre los niños que no saben hablar o hablan lenguas diferentes, pero en su intrrelación se comprenden. De lo cual se desprende, el bajo nivel de comprensión que este procedimiento permite; no obstante, se ha dado un muy importante paso adelante con respecto a la observación ingenua del "hombre de la calle".

Con respecto a la segunda duda, acerca de si existe o no intencionalidad en la significación social de estos significantes la respuesta es muy variada. Queda claro que en algunos casos la intencionalidad es diáfana: la arquitectura de ciertos - edificios públicos en cuyo diseño se incorporan claramente funciones simbólicas referidas a diversos aspectos del poder. En los monumentos (esculturas, fuentes, obeliscos, arcos de triunfo, hemiciclos, etc.) la intencionalidad también es muy claramente cognoscible.

Pero en otras series signicas esta intencionalidad ya no

queda tan clara. Los carteles con propaganda comercial, por ejemplo, admiten descifrar los valores culturales y matices ideológicos que sin lugar a dudas influyen en el consumidor -por eso es que significan socialmente- y que no están del todo presentes en la función comercial del cartel. Los anuncios en general, y la señalización urbana, también connotan ideología y definiciones culturales precisas sin que se presente la intención de hacerlo. En el polo opuesto a toda intencionalidad, la dimensión de los ruidos y olores connota variados procesos sociales con sus respectivas valoraciones culturales sin que ellos se prevean: el ruido rítmico y por momentos ensordecedor de las fábricas señala el espacio de la producción y en términos culturales se halla desvalorizado en la escala jerárquica de atribuciones o reconocimientos; por oposición, la cultura burguesa premia y reconoce el silencio, señal de distinción y valía propio de las zonas urbanas residenciales de los grupos sociales de mayores ingresos.

Quiere decir, que la ciudad capitalista ofrece sobrepuesto a su uso útil, un campo de significaciones que opera al servicio de la imposición de la cultura hegemónica, aunque no sin dejar de estar atravesado por las contradicciones que dicho proceso de imposición cultural conlleva, consecuencia de la lucha de clases.

En la ciudad capitalista la expresión simbólica de la cultura burguesa hegemónica, además de caracterizarse por su densidad, se va a destacar por su vocación universal. El proceso de expansión y unificación del mercado mundial, unifica y expande la cultura, lo cual se expresa en la aparición de un conjunto

cada vez más numeroso de series de signos y sus respectivos códigos -cuando existen- en las diversas cuidades pertenecientes a sociedades nacionales distintas. Por ello, es que las ciudades capitalistas tendrán todas una fisonomía común con la tendencia histórica a aumentar las similitudes.

Lo que nunca será posible es igualar a las ciudades como consecuencia de este proceso de difusión cultural. Ello será imposible, porque en las ciudades permanecen indelebles, inscritos en las piedras y en el cemento, huellas de procesos sociales que han perimido o se han modificado. El flujo social tiene un ritmo más intenso que el de construcción-reconstrucción de las ciudades. Por eso es que se observará con frecuencia la recuperación al servicio de nuevos usos, espacios y edificios creados en contextos y bajo requerimientos muy distintos. Las acciones de renovación urbana, y en particular de recuperación de centros históricos son acciones típicas de lo señalado.

En todo este orden simbólico, parte importante de la cultura hegemónica y por tanto de los dispositivos de la reproducción social, el Estado jugará un papel de primer orden. Construirá plazas y edificios, definirá la magnitud y el sentido de calles y avenidas, establecerá las formas en el uso de los espacios públicos y privados, fundará y alimentará la "estética" urbana, etc.

Complementariamente, la sociedad civil también va a encargarse de elaborar sus propios signos los que connotarán la ideología y los valores culturales existentes -hegemónicos y subal

ternos-. En este sentido, la arquitectura civil es un buen ejemplo a través de cuyos estilos se expresan históricamente las clases sociales, y en el caso de las clases dominantes, con un particular énfasis en inscribir su rol dominante en sus edificaciones de habitación o de recreación.

La inscripción de la jerarquía social no solamente quedará establecida en los distintos lugares de localización de las clases sociales y los usos urbanos -zonificación- sino en las magnitudes particulares de apropiación del espacio y en el rostro exterior de los edificios cuya expresión arquitectónica buscará denodadamente difundir el linaje de su propietario.

La ciudad con su función de escenario simbólico, no es privativa del capitalismo. En modos de producción y culturas anteriores y posteriores -el post-capitalismo o socialismo realmente existente- hubieron semióticas urbanas, es decir, campos de significaciones al servicio de una imposición cultural. Desde las pirámides de Egipto hasta las iglesias medioevales, pasando por el ágora griega, el foro romano o la casbah islámica, existió la intención -aunque a veces no muy concientizada- de que las formas urbanas "dijeran cosas".

Lo particular de la ciudad capitalista es la forma de decirlas y el significado concreto del mensaje-ideología.

Con el fin de clarificar mediante la concreción todo lo que se ha venido desarrollando, puede servir identificar algunas de las series signicas de las que se nutre la semiótica urbana y las que estarían componiendo ese gran campo de significaciones

que se abre ante los sentidos de los individuos.

- *Trazado y definición de espacios en la ciudad.*- En el espacio urbano -el espacio que ocupa la ciudad- los volúmenes que emergen definen las características de los espacios que se van de esta forma entrecortando. Calles, avenidas, plazas, rincones, perspectivas o imágenes de conjunto, por su particular geometría, por la textura y la policromía utilizadas van a componer distintos paisajes de diverso significado. En algunos casos la presencia materializada del poder será por demás obvia; en otros tal vez resulte subrepticia; habrá casos en el que irrumpa una cierta belleza que domine el todo y sesgue los significados últimos; la superposición anacrónica podrá impedir cualquier efecto de conjunto, subrayando meramente una imagen desagradable.

Heredera de los principios renacentistas, la ciudad capitalista se va a caracterizar por el uso sistemático de la línea recta y la perspectiva, usadas básicamente en el trazado vial. Además de cumplir funciones simbólicas al servicio del poder y la cultura, las calles rectas permitirán mayor velocidad de comunicación y un uso mercantilizante óptimo de los lotes fraccionados que van quedando en el borde de las calles.

Históricamente, hay una recuperación y actualización del trazado en cuadrícula propio de las ciudades coloniales hispanoamericanas reglamentado en las Leyes de Indias. El mejor ejemplo de esta masiva adopción de la cuadrícula es la urbanización norteamericana y desde luego, en las propias ciudades latinoamerica

nas, cuando entrado el siglo XX se insertan plenamente en un desarrollo capitalista.

Otras formas espaciales del trazado vial, quedan como reminiscencias pintorescas de épocas anteriores; ello es lo que ocurre con los cascos medioevales de las ciudades europeas o la antigua casbah de las ciudades musulmanas.

La arquitectura moderna busca introducir nuevas y originales formas urbanas alternativas a la cuadrícula, pero este esfuerzo quedará traducido en algunos pocos espacios insulares en ciudades ya estructuradas.

Las ciudades socialistas son las que más van a desarrollar las propuestas de la arquitectura moderna, ya que la sustitución de la lógica de la ganancia capitalista y la propiedad privada del suelo, por otra racionalidad más atenta al bienestar colectivo, permite redefinir los espacios urbanos.

- *La simbólica edilicia.-* Aquí quienes hablan son los edificios individualmente considerados. Como en la ciudad capitalista los edificios se les considera mercancías, por lo general la decisión de su construcción obedece a arbitrios individuales.

Ello no ocurre en los edificios públicos en donde es más notoria una razón de Estado en su construcción, antes que un razonamiento de tipo individual; también influye coercitivamente el Estado frente al conjunto de los particulares, mediante un complicado haz de reglamentaciones que someten la voluntad individual constructora a variados criterios pautados por la seguridad colectiva (incendios, derribos, por la salud de la comunidad,

normas de asoleamiento, obligatoriedad de drenaje, definición de espacios mínimos, definicón de alturas, etc.) y por elementos culturales, los que en muy pocas oportunidades aparecen como tales ya que por lo general aparecen entre mezclados con los criterios anteriormente establecidos: es el caso de la imposición de baño privado o la subdivisión interior con paredes sólidas, de múltiples espacios.

Hablar de los individuos particulares que construyen -por oposición al Estado- es quedarse en el discurso oficial en el que la sociedad burguesa es el reino de la igualdad... formal. Los particulares que construyen se dividen en clases, que conciente e inconcientemente dejarán inscrita en sus habitáculos su pertenencia de clase.

En la ciudad capitalista (a diferencia de la ciudad medieval o colonial) coexisten dos aspectos aparentemente contradictorios pero que componen dos caras de un mismo fenómeno cultural. Por un lado esa discontinuidad y diversidad en las expresiones editicias, que representa la mercantilización de las relaciones entre sujetos individualmente considerados y que operan aparentemente según su propio arbitrio. En esto radica la enorme mezcla de estilos entre casa y edificios que coexisten de manera abirragada.

Económicamente hablando, este "desorden estético" de la ciudad capitalista es el correlato de los múltiples procesos privados de apropiación del espacio, en donde cada uno está determinado por las propias reglas de valorización de cada capital

particular. Desde luego, todas las casas y edificios de la ciudad, no constituyen capitales, sino solamente unos pocos de ellos. No obstante la forma en como proceden la totalidad de los propietarios privados constructores -desde el más humilde hasta el magnate máximo de la construcción- se efectúa de acuerdo a las mismas reglas.

En la sociedad capitalista y en particular en sus ciudades conviven dos componentes: uno, que enaltece al individuo y que postula la necesidad de su diferenfiación en el orden de las ideas, sus deseos, su indumentaria, su vivienda, su pose, sus gestos, etc. Este componente será el motor permanente que a nivel edilicio estará operando para adoptar y mezclar estilos en una búsqueda de exclusividad. El mayor o menor logro de dicha búsqueda estará dado por el nivel de ingresos del sujeto.

Pero simultáneamente la cultura hegemónica promueve la uniformización, en donde todo lo dicho acerca de las disciplinas es uno de los mejores ejemplos. Esta uniformización adopta una expresión exterior en la arquitectura de la vivienda popular. Es típico de la ciudad capitalista las alucinantes hileras de viviendas iguales que caracterizan a los barrios obreros. Una producción en serie que aplasta cualquier vocación individual (alimentada desde la cultura hegemónica) y le recuerda al trabajador que primero es una mercancía -fuerza de trabajo, y subsidiariamente es un individuo.

Complementariamente, este aparente caos encuentra ciertos límites que permiten ir reconstruyendo la coherencia del código

edilicio. Las diferencias no son infinitas; no es concebible que cada edificio que compone la ciudad capitalista sea absolutamente diferente de los demás. Analizando con más detenimiento puede verificarse que las diferencias son limitadas y que las similitudes abundan; todas ellas son las que permiten pensar esa "estructura ausente" que permite comprender la diversidad y asignarle una racionalidad precisa.

De acuerdo con U. Ecco [22)] en los edificios aparecerán funciones primarias y funciones secundarias; las primeras denotan el uso y las segundas connotan valores simbólicos. En el conjunto de la edificación urbana, es factible ir entretejiendo continuidades culturales en cualquiera de ambas funciones. El elemento definitorio o que termina por aclarar este panorama es la presencia subyacente de la cultura hegemónica en su itinerario de imposición expansiva.

Es así que se observa el surgimiento y la competencia entre diversos estilos arquitectónicos que en los diferentes momentos históricos significan a la cultura hegemónica y su refracción por las clases subalternas, ya sea para deshecharla o ya sea para su reapropiación bajo ciertos cambios en la expresión arquitectónica.

- *Signos y símbolos urbanos.-* Hay una constante en el género humano que es lo que se denomina facultad designadora que consiste en establecer signos como algo que está ahí en lugar de otro algo y es interpretado y entendido como tal.

Esta facultad designadora que en los hechos se transforma

en una compulsión por establecer signos, implica una serie de - actitudes básicas de los individuos las que se denominan expe-- riencias pre-predicativas. Es decir, modos de percibir y de or denar el sentido de las cosas. Estas experiencias se integran de nociones como las de claro y oscuro, dentro y fuera, horizon tal y vertical. Asimismo se entrelazan con una expectativa -- existencial que el individuo acusa desde el momento de su naci- miento: la necesidad de que haya algo en torno de sí, la búsque da de una confianza en esos objetos o signos que encuentra. Por oposición, se trata de un terror a la nada o sea, la desespera- ción de que no se encuentren signos o cosas que estructuran un orden cognoscible. [23)]

En el espacio urbano se concentran millones de signos y - símbolos cuya diferencia radica en que los primeros contienen - una referencia directa a un objeto individual, o lo representan, los símbolos expresan algo conceptual.

Todas las sociedades culturalmente diferenciadas tienen ór denes de signos y símbolos diferentes cuyo código interpretari- vo sólo lo manejan los integrantes de cada sociedad en cuestión. Ello es lo que expresa la ajenidad que producen tipos históri-- cos de ciudades del pasado, en los que la simbólica también es- taba muy presente pero estructurada de otra manera. El único - posible denominador común de todos los signos y símbolos son - esas experiencias pre-predicativas que conforman en la psiquis del individuo el instrumental básico para cualquier ordenamiento.

En la urbanización capitalista proliferan múltiples series

signicas absolutamente típicas del modo de producción capitalis ta. Entre ellas, destaca las señalizaciones urbanas (flechas - indicadoras del sentido de las calles, avisos de no estacionar- se, semáforos, zebras para peatones, etc.) las que fundamental- mente aluden a la vialidad. Es decir, se trata de un concentra do de signos que busca ordenar la circulación interior de la - ciudad.

Debe recordarse, que la circulación ágil y precisa de bie- nes y personas es una condición necesaria de la ciudad capita-- lista en la que la velocidad de rotación del capital es uno de los principales objetivos para la obtención de la tasa media de ganancia, o su superación.

Por lo tanto, algo tan aparentemente neutro e inocuo como es toda la red de señalización urbana, es un dispositivo de dis ciplinarización de las conductas al servicio de una lógica eco- nómica cuyo beneficio es capitalizado por las clases dominantes.

Otra red de signos típicos de la ciudad capitalista son - los anuncios comerciales con toda su vasta gama de expresión: - grandes anuncios luminosos, enormes pantallas, escaparates de - comercios, carteles murales, etc.

Aquí también se trata de signos alusivos a servicios o mer cancías ofrecidos y que económicamente cumplen la función de - promover el consumo, o sea, realizar la venta de las mercancías.

El plano subyacente de esta red de signos es la forma como se ofrecen. Permanentemente hay un conjunto de supuestos refe- ridos a la naturaleza de las relaciones sociales y a los valo--

res implicados en estas. Enfasis en tipos étnicos "superiores", definición de una estética del gusto, caracterización de la sexualidad, convocatoria a la obediencia, etc.

Conjuntamente con el mensaje denotado ("tome coca-cola") - se insiste en toda otra serie de opciones que en la mayoría de los casos los individuos las perciben pero no las racionalizan.

Es tan fuerte el impacto y el acostumbramiento a esta fisonomía urbana plagada de anuncios comerciales, que vivencias urbanas en Ciudades sin estos signos son asimiladas con gran depresión, con sensación de pérdida, de que falta algo en el entorno urbano; en alguna medida ello es lo que le ocurre al individuo occidental del presente en las ciudades del socialismo actual.

Debe insistirse que la facultad designadora siempre ha estado presente en los diversos tipos históricos de ciudades. En la Edad Media junto con la gran visualidad del espectáculo religioso y su arquitectura existió una densa iconografía que también cumplió funciones cohesionadoras y de mantenimiento de las jerarquías sociales existentes.

Igualmente en las ciudades de la Antiguedad como fue el caso de las culturas mesoamericanas, en las que la facultad designadora en buena medida estaba expresada en ese "horror al vacío" manifiesto en el decorado barroco de edificios y monumentos representando mitos, leyendas o escenas de la vida cotidiana.

Es importante subrayar el componente cultural de los signos comerciales de la ciudad moderna, ya que usualmente sólo se

ha visto en ellos el mensaje explícito promoviendo el consumo - en cuestión. Este componente cultural es cambiante y conforma un campo de lucha en el cual diversos enfoques o concepciones - históricamente se enfrentan.

No es casual la existencia de reglamentos de anuncios en - donde se promueven formas y estilos y se penalizan otros. Por ejemplo, el idioma que debe ser usado, el lugar en donde los - avisos deben ser localizados o la prohibición de cierto tipo de avisos.

En cuanto a los símbolos, los más importantes son los que se asocian con la presencia del poder estatal. Banderas, monumentos, obeliscos, escudos o logotipos, recuerdan mediante esos objetos la existencia de un poder en ejercicio y su presencia - sustituye la presencia real de los representantes físicos del - poder.

Estos símbolos no ocultan nada, ya que precisamente lo que quieren es comunicar de la manera más clara y directa los conceptos a que aluden. Ello hace que frecuentemente los enfrentamientos políticos se den destruyendo los símbolos: quema de banderas, derribo de estatuas, bombas de alquitrán en escudos, etc.

Si bien en los símbolos de la ciudad no se oculta un mensaje cultural, su constante y múltiple presencia recuerda y destaca las nociones representadas, sin necesidad de expresarlo discursivamente.

Tanto en el caso de los signos como de los símbolos, se - inscriben en redes las que se despliegan por toda la ciudad.

6. GOBIERNO DEL TERRITORIO Y POLITICAS URBANAS.

Estas redes a su vez se hallan supraordenadas en un esquema dominante que las subordina. Aquí también la supraordenación no es total ya que debe de coexistir con manifestaciones culturales subalternas que la desdicen total o parcilamente.

El Estado capitalista, inaugura en el mundo occidental una nueva modalidad de instituciones políticas cuya fuente principal de inspiración van a ser las instituciones nacidas con la revolución francesa de 1789 y la revolución norteamericana de 1776.

En esta dimensión de análisis estrictamente ligada a la organización del poder político, se observará la necesidad histórica de estructurar un sistema de instituciones que hagan posible el funcionamiento de la sociedad de acuerdo al modo de producción capitalista. Presencia y ausencia de las distintas clases en el ejercicio del poder político, representación política, poderes centrales y locales, son algunos de los temas que habrán de encontrar nuevas respuestas en las nacientes instituciones.

Uno de los principales problemas a resolver mediante las nuevas instancias jurídico-políticas, para la irradiación a través de la totalidad del territorio nacional de la única y obligatoria jurisdicción, es la posibilidad de "decir derecho" (juris dicere) a toda la población nacional y decirlo en un mismo lenguaje jurídico.

Sabido es la importancia que tiene del territorio en los nacientes estados nacionales del capitalismo: es al ámbito geográfico del mercado nacional. A pesar de las similitudes de las instituciones en los diversos países occidentales, las dimensiones de estos variarán significativamente, por lo que sus efectos también variará país por país. A ello, desde luego, hay que agregar historia y culturas específicas que dan por resulta

En el caso de la administración urbana los ayuntamientos irán perdiendo el peso y la proyección de verdaderos poderes de gobierno representativos, y serán sustituidos por administradores encargados de llevar a cabo un conjunto de nuevas funciones que impone la urbanización capitalista y cuya importancia se torna clave para la reproducción social.

De cara a la comunidad, y en estrecho contacto con ella, el poder local será el que ponga en práctica una serie de reglamentaciones y prescripciones que van a afectar muy marcadamente la vida cotidiana de la población. Tal vez pudiera precisarse, que estas orientaciones estructuran ciertas formas de consumo, históricamente necesarias para la reproducción simple y ampliada del sistema en su conjunto.

El papel de este nuevo poder local urbano va a ser vasto y complejo; cabe registrar tres dimensiones en la proyección de este poder local:

- La resolución de las principales contradicciones emanadas de los procesos productivos, y que se traduce en alguno de los aspectos expresados en las condiciones generales de la producción.
- Conformación, consolidación y desarrollo de un sub-sistema político que asegure la existencia de un poder local urbano articulado al poder central.
- Socialización en el espacio urbano de una serie de opciones culturales -emanaciones de la cultura hegemónica- expresada en múltiples aspectos aparentemente inocuos e intrascendentes, pero profundamente penetrantes por la cotidianidad a la que están dirigidos; por ejemplo:

  - estilo de vida y buenas costumbres
  - uso de los espacios públicos y privados
  - tiempos y características de la recreación
  - re-semantización de las estructuras edilicias
  - señalamiento de lo inaceptable (ciertas modalidades de controvenciones como el desnudarse en la calle o cambiarle los colores a los semáforos) y de lo condenable que se acepta pero se le segrega social y espacialmente ("zonas de tolerancia", lugares para tomar bebidas alcoholicas)
  - enaltecimiento de ciertas prácticas, como el deporte, y la construcción de instalaciones al efecto.
  - contribución al sometimiento de la vida cotidiana de las masas urbanas a la moderna noción del tiempo (actividades permitidas y prohibidas por la noche y por el día, relojes públicos por doquier, sirenas que anuncian la entrada y salida, horarios de espectáculos, transportes y servicios en general, etc.)

Tradicionalmente, los estudios de las políticas urbanas y en particular aquellos que se apoyan en las premisas del materialismo histórico, se refieren casi exclusivamente a la dimensión económica de estas políticas.

La verificación del sentido de esta intervención ha sido un avance definitorio para la teoría de la ciudad capitalista. El

haber comprobado la no rentabilidad en la producción de las llamadas condiciones generales de la producción, y por consecuencia la necesidad de la intervención estatal para satisfacer esa necesidad del capitalismo (que individualmente es rechazada por los capitalistas) ha servido para anclar estructuralmente el papel del Estado capitalista en la conformación de la ciudad.

Es por demás importante identificar tanto a nivel normativo como en lo que tiene que ver con la inversión, toda la gestión referida a la introducción y montaje de las infraestructuras y servicios. Sin esta específica intervención es inconcebible el proceso de acumulación capitalista.

No obstante, todo ello sería imposible, sin la existencia más o menos estable de un poder en la ciudad que garantice y promueva el funcionamiento de las reglas del juego. Poder que si bien responde a la ecuación de poder que históricamente se ha establecido a nivel nacional, encuentra una marcada particularidad en el específico ámbito de la ciudad.

Este poder, que es mucho más que las definiciones institucionales y que actúa mediante el consenso y la coerción, se expresa, entre otras cosas, promoviendo ideología y cultura.

Las recientes crisis del capitalismo, hiperconcentradas en las ciudades, empezarán a permitir comprender el funcionamiento de algunos de estos dispositivos, los que por su solo reconocimiento por la sociedad urbana quedan sometidos a una profunda crisis en su funcionamiento.

Asimismo, el poder local en las ciudades del capitalismo, es uno de los principales agentes en la construcción (o su debilitamiento) de la hegemonía alcanzada por las clases o fracciones de clases dominantes. Entendiendo a esta hegemonía como la dirección política y moral de la sociedad, el poder local existirá en tres dimensiones, cuya conjugación depende de cada sociedad en lo concreto y de cada momento histórico dado.

Una primera dimensión, la más inmediatamente perceptible, es la que, en el mundo de las apariencias, agota la existencia del poder local: es la definición jurídico-formal de su funcionamiento. Lista de atribuciones y competencias, modo de elección de los gobernantes, forma de relación con los demás poderes estatales, derechos y garantías de los ciudadanos en referencia a su actuación.

Aquí es donde se despliega la vida pública y conciente del poder local, y es el campo mejor regulado y conocido en donde se enfrentan los agentes sociales y políticos. Ya se trate de municipios de elección directa o indirecta, de la existencia de cámaras de representantes locales, de instancias de democracia directa o de sistemas de representación proporcional, es la visión exterior del poder local más allá de la cual se inicia la penumbra.

La segunda dimensión del poder local es el sistema concreto de alianzas entre los grupos que ejercen dicho poder y lo coparticipan en diversos grados. Esta es propiamente el sub-sistema político que anteriormente se mencionaba.

Por lo general, este sub-sistema es sumamente complejo y - cambiante y se expresa en dos tipos de grupos constituyentes: - grupos o agentes de la sociedad política y de la sociedad civil asociados, que ejercen la dominación y usufructúan sus ventajas económicas; y grupos o agentes de la sociedad política y de la sociedad civil a los que se les asocia con carácter dependiente a partir de ciertas dádivas o prestaciones y mediante el respeto parcial (y a veces sólo formal) de algunos de sus puntos programáticos.

El primer tipo de grupos está compuesto por el partido o - los partidos políticos que se identifican con el orden constituido, grupos económicos vinculados con los negocios inmobiliarios, fracciones más modernas y poderosas de los industriales, grupos de banqueros (con intereses en la industria y en la especulación inmobiliaria); ciertas asociaciones con funciones predominantemente ideológicas, como padres de familia, ciertos representantes de la prensa oral, escrita o televisiva, asociaciones identificadas con la tradición de la ciudad (patrióticas, - culturales) etc.

Esta alianza de poderosos, se vincula con mucha frecuencia a grandes negocios inmobiliarios, en los que el contubernio entre autoridades y ciertos empresarios permite absorber voluminosas ganancias. Conocer con anticipación la realización de cierta obra pública (trazado de una avenida, un parque, una presa, etc.) permite adquirir a muy bajo precio el terreno que luego - se valorizará con dicha obra pública, lo que permitirá revender

lo a mucho mayor precio.

Negocios de estas características son los que cimentan la alianza de clases y fracciones en el poder local. Por lo general, se efectúan violando la legalidad vigente, aunque a veces ello ni siquiera es necesario.

Otra modalidad frecuente, es la del otorgamiento de contratos para construir obra pública otorgados a las empresas afines. Aquí la legalidad o ilegalidad de los procedimientos, está en función de la existencia o no de la obligatoriedad de los llamados concursos de precios y/o licitaciones, y de su contraloría.

El hecho económico que subyace a la posibilidad de estos - negocios es fundamentalmente la apropiación de la renta urbana por concepto de una localización oportuna y ventajosa. En el - caso de los contratos de obra pública, económicamente, el beneficio radica en el financiamiento y las modalidades de cobro.

En el segundo tipo de grupos puede haber partidos políticos de oposición moderada, agrupamientos corporativos dependientes, como pequeños y medianos industriales, pequeños y medianos comerciantes; ciertos grupos asalariados vinculados en forma dependiente al poder local a través de sindicatos oficiales (empleados públicos, no asalariados, vendedores ambulantes), etc.

Esta compleja red compone el sub-sistema político en cuestión. Obviamente, la mayoría numérica de la población urbana - no forma parte integrante allí. No obstante, acepta (por lo general sin comprenderlo) el sistema de poder constituido, debido

a la eficaz acuación obtenida mediante la mencionada red de -- alianzas. Ello no es permanente, y con el curso del tiempo sufre modificaciones y eventualmente rupturas.

La tercera dimensión del poder local es la ideológica, mediante la cual se ha estructurado una cierta visión del mundo - en la que predominan los componentes de las clases dominantes, pero en donde, las clases subalternas también inscriben ciertos aspectos lo que permite que se sientan identificadas con el conjunto.

Mediante la ideología se irrumpe en todas las manifestaciones culturales y socialmente se obtiene la cohesión necesaria que hace posible que la ciudad (y en sentido amplio la sociedad) funciones más o menos fluidamente. Como ya se vió, este cemento social que es la ideología esta no solo se expresa - en los mensajes discursivos que dan cuenta del mundo y de la vida, sino también en una arquitectura del espacio, en una definición de los tiempos, los ruidos y los olores, y hasta en la textura del gran universo de significaciones urbanas.

Así pues, se edifica y transcurre la hegemonía por largas fases históricas hasta que las crisis económicas, políticas, culturales o morales, (o todas juntas) hacen estallar en todo o en parte los dispositivos de la hegemonía (la microfísica del poder) y abren nuevos períodos históricos.

En los países occidentales, -en América Latina en particular- hay un factor subjetivo que pesa significativamente en la constitución y preservación del poder local: una memoria, (que

en buena medida es una construcción fantástica ya que no tiene en claro referente histórico) en la subjetividad de las mayorías urbanas, acerca de un funcionamiento democrático de la comunidad, que políticamente se proyecta al hacer reclamar formas democráticas para el gobierno de la ciudad. Así, es que se puede observar con alguna frecuencia, formas autoritarias y poco - democráticas en los poderes centrales que coexisten con manifestaciones democráticas en el poder local.

Hasta aquí, se ha venido aludiendo al poder local en tanto centro político emisor de las políticas urbanas y encargado de la gestión urbana. Debido a la particular estructuración del - territorio que supone el desarrollo de las fuerzas productivas bajo el signo del capitalismo, el fenómeno de la concentración (de medios de producción y fuerza de trabajo) determinará la -- conformación de un grupo pequeño de grandes y expansivas metrópolis. La racionalidad del capitalismo condiciona e impide la realización de ese soñado equilibrio urbano expresado en un armónico sistema de ciudades de tamaño análogo que se distribuyen por todo el territorio.

Por consiguiente, al hablar de poder local urbano corresponde discernir entre el gobierno de las pocas grandes metrópolis y el resto de los gobiernos locales de ciudades medias y pequeñas.

La intensidad y el énfasis en las políticas urbanas en uno y otro caso variará sobremanera, así como el grado de complejidad en que las mencionadas dimensiones de las políticas urbanas

7. LAS CIUDADES DEL CAPITALISMO DEPENDIENTE.

se expresen.

Es así que en las grandes ciudades se complementan y sobrepo nen una serie de otras instancias estatales no locales que -- van a coadyuvar en los designios históricos de construcción y - preservación de la hegemonía.

Como ya se ha señado, la ciudad en la historia adquiere un papel y una naturaleza sumamente cambiante, en función de las so ciedades en las que surge y se desarrolla. Hay una producción - social de formas espaciales que está determinada por las caracte rísticas estructurales de cada sociedad.

El capitalismo desarrollado o primero en emerger históricamente, se asoció indisolublemente con el fenómeno urbano. Primero durante el auge del capitalismo mercantil, las ciudades fue-- ron el espacio predilecto del comercio a partir del cual se generaban los múltiples intercambios regionales y luego nacionales. La revolución industrial fincó principalmente en las ciudades'-- las nuevas unidades productivas y por ende el factor económica-- mente clave en la redefinición de la geografía nacional y de la jerarquía social.

Tres fueron los factores de atracción para la fundación o desarrollo de ciudades en el capitalismo industrial en las sociedades en que primeramente se desarrolló. En primer término, el uso de infraestructuras urbanas heredados del pasado. Es decir, ciudades que pre-existían y sobre las que el capitalismo se asentó redefiniéndolas en sus funciones básicas, en su estructura espacial y en su demografía.

En segundo término surgieron ciudades de pequeños poblados o inclusive de la nada en puntos geográficos estratégicos, por - tratarse de encrucijadas de varias rutas comerciales o espacios privilegiados por la naturaleza.

Por último el otro tipo de ciudad capitalista fue el que -

estuvo directamente ligado a la fundación de factorías o explotaciones mineras. En el capitalismo temprano, la búsqueda de energía era aún espacialmente esclavizante; en donde se encontraban las fuentes de energía o los recursos para su generación, había que instalar los medios de producción. Con ello se daba comienzo a un proceso de poblamiento cuya derivación final era la constitución de ciudades.

Estos criterios del desarrollo urbano valieron para las primeras sociedades que iniciaron el desarrollo capitalista y que comunmente se le atribuye la designación de capitalismo temprano o capitalismo desarrollado, (Europa Occidental y Norteamerica).

Fuera de este espacio central del capitalismo los ritmos históricos y la naturaleza del desarrollo de las fuerzas productivas adquirió especificidades y características propias. Genéricamente se ha hablado para calificar a este gran entorno internacional que no participó del desarrollo originario del capitalismo, o bien lo hizo en calidad de subordinado colonial, de un capitalismo dependiente, periférico o subdesarrollado.

Sin entrar a optar por alguno de estos conceptos como el determinante en la conceptualización, interesa destacarlos ya que los tres aluden a un componente realmente existente: desarrollo, dependencia y periferia.

En consecuencia más interesados en subrayar la fenomenología de este capitalismo no original, en la perspectiva de este trabajo se usará indistintamente cualquiera de las tres caracterizaciones sin abrazar ninguna de las teorías que sustenta a

cada una de ellas. En la medida que lo que más importa destacar son ciertos aspectos del desarrollo urbano, se desecha la adopción in totum de teorías explicativas del conjunto de la sociedad.

Por su parte, el impacto internacional del desarrollo capitalista en su doble movimiento de expansión hegemónica y constitución de un mercado mundial, tuvo muy variados efectos en las diversas regiones del planeta. Por ello, la perspectiva de este trabajo se orienta a un espacio continental cuyas modalidades de desarrollo alcanzaron algunos dominadores comunes: América Latina, y México en particular.

En América Latina desde su conquista y colonización el poblamiento se halla sumamente determinado por requerimientos de exacción de riqueza material geográficamente situados fuera del continente. Primero las metrópolis coloniales (España, Portugal, Holanda, Inglaterra y Francia). Después de la Independencia las potencias dominantes en el mercado mundial, hasta el momento actual en que la lógica de sujeción se preserva aunque ya muy localizada con una única potencia, la de Estados Unidos de América.

Dejando de lado exprofeso la caracterización del poblamiento durante la Conquista y la Colonia (siglos XVI, XVII y XVIII) interesa registrar la naturaleza del fenómeno urbano desde el momento de la Independencia ya que con el nacimiento de los nuevos estados políticamente independientes, es que se reorienta al proceso de desarrollo bajo el signo capitalista y en

estrecha dependencia con el capitalismo originario.

El primer momento de la independencia, es decir entre -- 1810 y 1860 aproximadamente, se da la curiosa situación de que las ciudades latinoamericanas no crecen significativamente ni - se modifican sustancialmente.

Se producen importantes cambios sociales, que manifiestan la emergencia de nuevos agentes sociales y la desaparición de - otros. Básicamente los españoles de origen, pierden sus posi-- ciones privilegiadas en el comercio y en la burocracia estatal correlativamente, criollos hijos de españoles y europeos no es- pañoles pasan a ocupar esas pocisiones en el nuevo contexto y - al servicio de las nuevas instituciones republicanas.

Genéricamente este período marca una clara diferenciación económica social y cultural de la ciudad y el campo. Sin consu marse plenamente, la ciudad ya perfila su hegemonía sobre el - campo, por la vía de controlar el comercio exterior y por tra-- tarse del espacio en el que se fermentan y conforman las ideas de renovación política y cultural. Ello condujo a identificar en esta bipolaridad dos mundos separados y en ocasiones enfren- tados.

La ciudad colonial, en la cotidianidad de sus costumbres, en la ocupación de sus mayorías sociales, -las clases urbanas- y en su aspecto físico, sufre muy pocas variaciones hasta fina les del siglo XIX.

No obstante la reconversión de la economía latinoamerica-

na a la lógica del modo de producción capitalista, las implica- ciones culturales de este y la plena socialización de su lógica tardará varias décadas en A.L. a partir de su independencia pa- ra hacerse ver nítidamente.

Exponente de ello será el aspecto de continuidad colonial que en el conjunto proporcionarán las ciudades latinoamericanas durante el siglo XIX. Entre los pocos factores de cambio remar cables, hay un escaso crecimiento urbano con motivo del surgi-- miento y desarrollo de ciertos servicios (financieros, persona- les, etc.) que se desenvuelven en apoyo o alrededor de las acti vidades del comercio exterior. A ello habría que agregar la - llegada de ciertos migrantes europeos y criollos del campo que engrosan las poblaciones urbanas de las principales capitales - sin demasiada significación.

Lo que sí ya es perceptible con cierta antelación es la - conformación de redes urbanas en las que nacionalmente sobresa- len casi únicamente las capitales en detrimento del resto de -- los centros de población. [24)]

No habrá durante el siglo XIX una marcada actitud funda-- cional de pueblos y ciudades. Lo más frecuente es el enaltecí- miento o la depresión de centros de población ya existentes.

A partir de 1870 aproximadamente se perciben los cambios más importantes en la urbanización latinoamericana. Estos cam- bios se asocian en buena medida a la estabilidad política que - comienzan a vivir las sociedades latinoamericanas, dejando atrás esa especie de obsesión fraticida que caracterizó los primeros -

cincuenta años independientes.

Con ello, es posible la consolidación de las nuevas relaciones sociales de producción y la más intensa relación con el mercado mundial, es decir, las nuevas potencias capitalistas interesadas en la adquisición creciente de materias primas a cambio de los bienes manufacturados por ellas producidos.

La expresión social de todo esto, es la consolidación de los nuevos agentes sociales, cuya posición en la sociedad queda claramente establecida. Esta nueva ciudad latinoamericana que se perfila al compás de los cambios interiores y exteriores se caracteriza por una serie de nuevos hechos y procesos.

En primer término, comienza a operar realmente un mercado inmobiliario capitalista. Formalmente constituido desde tiempo atrás, la especulación inmobiliaria en tanto actividad notoria de dicho mercado, empezará a producirse a fines de siglo.

Directamente vinculado con lo anterior se empieza a manifestar una expansión física de la ciudad con un claro incremento de los espacios urbanizados. Este crecimiento horizontal, obedece en alguna medida al crecimiento demográfico, pero en mayor medida aún se debe a un cambio en la estructuración de la ciudad que entre otras cosas se expresa en el desplazamiento de las clases altas a la periferia urbana.

Esta re-estructuración de la ciudad implica una reubicación de las actividades y los grupos sociales. Lo primero alude a la zonificación característica de la ciudad capitalista y que consiste en una localización diferenciada de las principales actividades económicas: industria, comercio, servicios, habitación. A su vez, los grupos sociales pasan a localizarse en espacios habitacionales segregados horizontalmente en la mancha urbana, en los que las clases altas ocupan los mejores lugares.

Es decir, la jerarquía social se redefine en su expresión espacial, destacando la distancia topográfica entre las clases sociales manifiesta en el mencionado dispositivo de la segragación.

Zonificación y segregación, hechos típicos de toda urbanización capitalista, se instalan en las ciudades latinoamericanas imprimiéndo a la estructura urbana de la ciudad colonial una de las principales modificaciones.

Pero uno de los hechos más típicos de la transformación en curso, es que el ingreso a una modalidad de urbanización típicamente capitalista se da sin el motor de una industria pujante y en expansión como había ocurrido en Europa y USA.

Las ciudades latinoamericanas conocen para fines del siglo XIX la industria y en algunas ciudades existen ya industrias importantes. No obstante, es muy claro que la producción industrial nacional aún es muy baja y no se inscribe como elemento fundamental en la acumulación capitalista que se ha venido generando.

Este es uno de los aspectos más específicos de la urbanización latinoamericana; ciudades capitalistas con industrias débiles o inexistentes. En buena medida, este aspecto dejará su impronta para el futuro, ya que permitirá un desenvolvimiento

de tipo capitalista pero sin raíces directas con la industria - local.

Por último otro aspecto sumamente destacable y directamente vinculado a los anteriores, es el proceso de re-semantización que se opera en la novel ciudad capitalista latinoamericana.

Esa nueva expresión espacial de la jerarquía social, se - representa en una urbanización sobre la periferia que las clases pudientes progresivamente protagonizan. Un gradual abandono del centro urbano, cada vez más congestionado e invadido por las actividades en desarrollo -comercio y servicio- y una radicación en nuevos fraccionamientos concebidos a imagen y semejanza de sus homólogos franceses e ingleses.

Mansiones arboladas y con vastos jardines, o pequeños chalets con más pretensiones que el suelo disponible, rellenan los nuevos fraccionamientos, muchos de ellos semi-vacíos desde hacía años.

Este nuevo poblamiento estuvo muy determinado por los nuevos medios de comunicación, cuyo desarrollo implicó un acortamiento de las distancias.

De los carruajes y tranvías de caballos, se pasa al ferrocarril, los tranvías eléctricos, y despuntando el siglo los primeros vehículos automotores. Correlativamente, también empieza a generarse un poblamiento de clases subalternas, menos rimbombante y europeizante, que a falta de espacio en el casco urbano se empiezan a localizar más o menos precariamente a lo largo de

las principales vías de acceso a la ciudad.

En la resemantización aludida no solamente hay un cambio de lugar en la habitación de las clases sociales; también han emergido nuevos símbolos y señales referidos al prestigio y la elegancia, entre los que destaca la particularidad de una acentuación de la familia nuclear en oposición a la familia tradicional. Estas nuevas mansiones tan amplias y arboladas con interiores cruzados por barrocas escaleras -que bien podrían aludir al ascenso social reciente de estas pocas familias- disponen de un espacio interior en proporción inversa a los habitantes de las nuevas familias que las habitan. La familia burguesa que se ha redefinido es pequeña pero requiere de más espacio.

En el antiguo casco urbano, empiezan a proliferar grandes edificios públicos que le imprimen una nueva imagen a la ciudad. Sedes de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, edificios de correos, teléfonos, estaciones del ferrocarril, teatros y óperas, casas de bolsa, entre otros, son edificados bajo la - promoción directa o indirecta del Estado.

Hay una marcada preocupación por inscribir en estos nuevos lugares, un estilo arquitectónico de ruptura con el pasado colonial. El barroco del siglo XVIII es abandonado y hasta vituperado, en un proceso de sustitución encarnado predominantemente en una arquitectura neo clásica que quiere destacar la - existencia de las nuevas instituciones republicanas, complementarias a las nuevas relaciones sociales capitalistas, que también en mucho reniegan de los corporativismos y privilegios del

cado mundial, empuja a casi todas las naciones latinoamericanas a iniciar distintas y variadas modalidades de sustitución de importaciones con el consiguiente impacto urbanizador.

En los países con mercados más amplios esta urbanización pronto adquirirá un carácter acelerado por la doble confluencia de un más sólido desarrollo industrial y una más marcada expulsión social del espacio rural.

Es así que comenzarán a perfilarse las denominadas "ciudades vertederos" es decir, las metrópolis latinoamericanas en -- donde un permanente flujo migratorio procedente casi exclusivamente del campo desbordará hacia unas pocas ciudades.

Esta modalidad de estructuración urbana en América Latina, dió lugar al tan conocido y controvertido fenómeno de la marginalidad social, o super población relativa, o ejército de reserva, o tantas otras denominaciones que las diversas corrientes - de la sociología latinoamericana ha manejado.

Sin ánimo de participar en la indagatoria acerca del sentido y naturaleza de este fenómeno (ya que no es el objeto de este trabajo) sólo se afirma que estas masas marginadas, lejos de ser un universo social extrapolado en espera de una futura integración social, cumplen una función social de sostén y viabilidad - del proceso global de acumulación capitalista (nacional y transnacional). Se trata de una pobreza económicamente útil en las - estructuras del capitalismo dependiente latinoamericano.

A efectos de este trabajo, lo que más interesa subrayar de este aspecto de la urbanización latinoamericana, son las escisio

culturales tajantes que en su esfera y respetando las mediaciones pertinentes, expresen la aludida estructura socio-económica de la urbanización.

Esta industrialización a medias y dependiente va a estar permanentemente alimentando la coexistencia compleja y conflictiva de una cultura hegemónica portadora de la modernidad del - mundo occidental con un abanico de culturas y expresiones culturales subalternas. Entre estas habrá muchas que tienen su origen en el espacio rural y otras expresiones constituirán refracciones con perfil propio aseverando enfáticamente el mestizaje constante de ideas, modas, hábitos, prácticas o representaciones imaginarias.

Por ello, la realidad social urbana de las metrópolis latinoamericanas es la de la heterogeneidad cultural, en oposición a la homogeneidad alcanzada por las sociedades del capitalismo - desarrollado (no obstante sus desniveles culturales).

Esta heterogeneidad no es pasiva. El proyecto cultural hegemónico -con todas sus variantes y adecuaciones históricas- buscará empecinadamente imponerse al conjunto social. Pero esta voluntad no acaba por consumarse, ya que los movimientos de la estructura social lo impiden. Entre otras cosas, los flujos migratorios constantes, provenientes del campo y su específico ámbito cultural con su mera presencia debilitarán y cuestionarán a la - cultura hegemónica.

Primero la educación formal busca imponer esta homogeneidad cultural, y luego la llamada cultura de masas manifiesta pre

dominantemente a través de los medios masivos de comunicación - (radio, prensa escrita, cine, televisión).

Estos avatares de la evolución cultural, tienen en América Latina un escenario privilegiado en el espacio urbano. Allí es donde con mayor intensidad operan los dispositivos de la cultura de masas en los que juega un papel muy importante, como ya se señaló, las políticas urbanas promoviendo algunas prácticas y sancionando otras, o contribuyendo a definir espacios y paisajes urbanos que no obstante su silencio de objetos portarán mensajes y afirmaciones culturales en el sentido de la cultura hegemónica.

En estas ciudades latinoamericanas se va a superponer a - la marginalidad social la marginalidad urbana. Es decir, la - presencia de vastas masas urbanas que no alcanzan los satisfactores básicos en materia de infraestructura y servicios; falta de drenaje, agua potable, transporte, electricidad, etc. caracterizan el poblamiento de estos marginados urbanos.

El sustento estructural de la heterogeneidad cultural aludido estará dado en las relaciones sociales de producción, pero también en la brutal segregación espacial manifiesta. Por un - lado una ciudad moderna con sus infraestructuras y servicios urbanos completos, y por otro enormes manchas grises de un poblamiento deficitario y en permanente proceso de autoproducción de los satisfactores básicos.

La lógica del desarrollo capitalista dependiente, conduce a incrementar la urbanización, aún a un ritmo más acelerado que

en el que en el capitalismo desarrollado. La expulsión de la - fuerza de trabajo rural y la mayor rentabilidad ofrecida por la concentración de los medios de producción, son dos movimientos históricos que alimentan la urbanización metropolitana en el capitalismo dependiente latinoamericano.

Descentralización, desconcentración, distribución armónica de la población en el territorio, solamente son concebibles a partir de la ruptura con los procesos referidos que determinan el crecimiento de las ciudades.

Mientras tanto, éstas continúan su engrosamiento alucinante hacia un camino inexorable de agudización de las contradicciones manifiestas, no obstante los experimentos autoritarios, tecnocráticos populistas o neoliberales. La lógica de la ganancia capitalista nacional e internacionalmente determinada sigue empujando al crecimiento de estas ciudades: aberrantes emporios de pobreza y muestrario de desigualdades.

CITAS. PRIMERA PARTE

1. Topalov, Christian. La urbanización capitalista. Ed. Edicol, pag. 22.

2. Topalov, op. cit., pag. 25.

3. Theodorson, G. A. "Estudios de Ecología Humana", Vol. 1. Edit. Labor, pag. 59.

4. Marx, Karl. El Capital, Vol. II, Ed. F.C.E., pag. 84.

5. Topalov, op. cit., pag. 65.

6. Castells, Manuel, "Capital multinacional, estados nacionales, comunidades locales", Ed. Siglo XXI, pag. 29.

7. Topalov, op. cit., pag. 26.

8. Alghusser, Louis. "La filosofía como arma de la revolución", Pasado y Presente, pag. 113.

9. Tudela, Fernando, "Arquitectura y procesos de significación", Ed. Edicol, pag. 29.

10. González, Jorge. "Sociología de las culturas subalternas", -- Cuadernos del TICOM. UAM-Xochimilco, México, pag. 67.

11. Castells, Manuel. La cuestión urbana. Ed. Siglo XXI, pag. 25.

12. Foucault, Michel. "La verdad y las formas jurídicas", Ed. -- Gedisa, pag. 13.

13. Foucault, Michel. Vigilar y Castigar, Ed. Siglo XXI, pag.139.

14. Foucault, Michel, op. cit., pag. 143.

15. Foucault, Michel, op. cit., pag. 175.

16. Chueca Guitra, Fernando, Breve historia del urbanismo. Ed. Alianza Editorial, pag. 135.

17. Lemet, Richard, El declive del hombre público. Ed. Península, pag. 179.

18. Lemet, Richard, op. cit., pag. 202.

19. Duvignaud, Jean, Sociología del teatro. Ed. F.C.E., pag.291.

20. García Riera, Emilio. El cine y su público. Ed. F.C.E., -- pag. 15.

21. De Saussure, Ferdinan. Curso de linguística general, Ed. -- Losada, pag. 63.

22. Ecco, Umberto. La estructura ausente.

23. Pross, Harri. "Estructura simbólica del poder", Ed. Gustavo Gilli, pag. 13.

24. Romero, José Luis. Latinoamérica: las ciudades y las ideas", Ed. Siglo XXI, pag. 245.